

84 SIRIA: inventario de ignominias

MARZO
2014

Pere Vilanova, Catedrático de Ciencia Política, Universidad de Barcelona,
Investigador senior de CIDOB

A los periodistas y humanitarios secuestrados en Siria, y a Marc Marginedas que por fin ha vuelto

Finalmente, tres años después del comienzo de las revueltas populares contra el régimen dictatorial de Siria, la comunidad internacional (sea cual sea el significado real de este término) ha entendido que Asad no va a caer, e incluso -si ello se confirma- saldrá estratégicamente reforzado de esta dramática tragedia. ¿Por qué? Porque si en estos tres años no ha sido derrotado militarmente por los rebeldes, ni políticamente por las diversas facciones de la oposición, ni por un golpe a cargo de una parte de su círculo más próximo, ni por una acción militar exterior (que ya no se producirá), como no ha perdido, ha ganado. Este razonamiento es lo que dicta el canon de la llamada "Teoría de Juegos" tan en boga en las Ciencias Sociales hoy día.

¿Cómo se ha llegado a tal situación? El régimen sirio ha dado toda una lección práctica de política, de táctica y de estrategia, y su continuidad no parece ser hoy en día la peor noticia ni para Israel, ni para EEUU, ni para los gobiernos europeos, ni para casi nadie, excepto la propia población siria. Con más de

130.000 muertos y dos millones y medio de refugiados y desplazados después, se ha llegado a un punto muerto.

En cuanto a los rebeldes, la multiplicación de sus diversas facciones políticas y, todavía más, la proliferación de sus varias y descontroladas partidas militares, la conclusión es que, como en estos años no han ganado y salvo imponderables de última hora, el tiempo trabaja en su contra. ¿O no? Porque para algunas de estas facciones, el tiempo parece estar jugando a favor. ¿Cómo se entiende esta paradoja? Ante todo, hay que entender la importancia estratégica del franco declive del ELS-Ejército Libre Sirio, frente al auge de muchas (decenas) de facciones radicales, afiliadas o no formalmente a Al Qaeda. Todos los expertos coinciden en que el ISIS (Emirato Islámico de Irak y Shams/Siria) y, en segundo lugar, Al Nusra, dominan cada vez más territorio y arrinconan cada vez más a los demás grupos rebeldes, normalmente a tiro limpio, con ejecuciones sumarias, castigos públicos, e imponiendo una versión tan radical de la Sharia (o lo que ellos

La comunidad internacional ha entendido que Asad no va a caer, e incluso -si ello se confirma- saldrá estratégicamente reforzado de esta dramática tragedia.

La oposición política ha sido incapaz de construir una estructura unitaria políticamente creíble, que estuviera en condiciones de imponer su control y liderazgo político a la parte armada de la insurrección.

El régimen sirio ha dado toda una lección práctica de política, de táctica y de estrategia, y su continuidad no parece ser hoy en día la peor noticia ni para Israel, ni para EEUU, ni para los gobiernos europeos, ni para casi nadie, excepto la propia población siria.

Respecto a los grupos rebeldes, hay que entender la importancia estratégica del franco declive del ELS-Ejército Libre Sirio, frente al auge de muchas (decenas) de facciones radicales, afiliadas o no formalmente a Al Qaeda.

El último factor de la operación «salvemos a Asad»: se llama Putin y su política exterior. Tanto en el G-20 como en Naciones Unidas, respecto a Siria y a otros problemas contemporáneos, se ha escenificado que es Putin quien lleva la batuta de un concierto cuyos límites ha manejado con habilidad.

Las organizaciones humanitarias independientes no pueden aceptar esta peligrosa confusión, esta manipulación que consiste en llamar "humanitaria" a cualquier guerra que por definición tiene, para las partes en conflicto, una agenda llena de intereses pero ninguno de ellos es proteger a la población no combatiente.

En la ex Yugoslavia, Somalia, Afganistán o Irak, hemos podido observar el proceso de progresiva apropiación y manipulación de la acción humanitaria por parte de determinados gobiernos y grupos diversos, porque a menudo la acción humanitaria se presenta como la coartada moral

afirman es Sharia) que incluso el sucesor de Ben Laden, el Dr. Zawahiri ha tomado sus distancias con ISIS y recomendado que Al Nusra no se fusione con ellos.

Por lo menos cinco factores explican este desastre. Los dos primeros tienen como principales responsables a la propia oposición y sus fragmentadas variantes políticas y militares. Ante todo, la oposición política ha sido incapaz de construir una estructura unitaria políticamente creíble, reconocida dentro y fuera del país, una estructura unitaria que pudiera recabar apoyos internacionales empezando por la propia Liga Árabe y las potencias occidentales y, sobre todo, que estuviera en condiciones de imponer su control y liderazgo político a la parte armada de la insurrección. De hecho está tan desacreditada, que ha perdido casi toda su influencia, aparte de la presencia simbólica que –por cortesía y por necesidad política– la comunidad internacional le otorga en experimentos tan absurdos como las Conferencias Ginebra I y la actual Ginebra II. Es chocante que el mediador de Naciones Unidas, Lakhdar Brahimi, declare que “si todo va bien, a partir de mañana (por el 26 de enero pasado) mujeres y niños podrían salir de Homs, asediada por el régimen desde hace año y medio”. ¿Esto es un éxito de Ginebra 2? En cuanto los esforzados humanitarios de ACNUR y otras agencias intentaron entrar comida y sacar mujeres y niños de Homs, sus convoyes fueron tiroteados y bombardeados. Ningún respeto por un supuesto acuerdo

El desvío de los focos de la atención mundial a los varios cientos de víctimas de armas químicas de hace unos meses, paradójicamente, ha jugado a favor el régimen de Bashar el Asad

que, por cierto, no debiera ser objeto de negociación en Ginebra por parte de Naciones Unidas. El respeto y protección de civiles y no combatientes *es obligatorio para todas las partes en conflicto* y es el ABC de las Convenciones de Ginebra y el Derecho Internacional Humanitario. Su vulneración debería comportar sanciones, y existen instrumentos para ello. El otro supuesto gran avance de Ginebra 2 era el intercambio de prisioneros, varias decenas de miles. El Viceministro sirio, Sr. Faysal Meqdal, declaró que de la lista que le presentaron en Ginebra (de supuestos presos y/o desaparecidos, varios miles) “el 70% nunca ha estado en prisión ni detenidos, y otro 20% ya han sido liberados”, o sea, quedaría un reducido 10% por negociar. Los demás... desaparecidos.

En toda revolución, condición necesaria aunque no suficiente para que los insurgentes tengan alguna posibilidad de éxito, es que la estructura política mande sobre el brazo militar; es un problema de fines y medios. Y en Siria, en cambio, no hay dirección política, alguna oficina está abierta en Ankara, en Qatar y algún otro lugar, cada facción la suya, pero poco más. En el lado militar de la rebelión la situación no es mejor y, de hecho, ha empeorado exponencialmente en el último año. Todos los especialistas afirman que no solo no se da una estructura militar única o en vías de unificación, sino que proliferan cientos de partidas, y facciones. Han ido llegando grupos de jihadistas de varios países (incluso de Europa) y se agrupan en varias

franquicias (ISIS y Al Nusra, entre las más famosas). La peor noticia para los demás grupos opositores es que estos jihadistas (han muerto varias decenas de europeos combatiendo en sus filas) son mucho más disciplinados, tienen una agenda política muy clara, capacidad táctica y estratégica y expertos asesores en comunicación. Por ejemplo, se ha constatado que mientras Al Nusra sigue dando prioridad al combate contra las tropas del régimen, el ISIS, sin renunciar a ello, parece priorizar la consolidación del terreno que controla, imponer su versión de la Sharia como modo de gobernanza social y extender su control a las localidades que bordean la frontera con Turquía. Esto último tiene como fin hacerse con el control de los pasos por los que entran nuevos jihadistas, la importación de armas y pertrechos, además de humanitarios y periodistas extranjeros, a los que puede controlar, liquidar o secuestrar, pues el ISIS tiene una clara política de comunicación hacia la opinión internacional. Quiere intimidar, dar miedo dentro y fuera de Siria, quiere mandar un claro mensaje a potencias extranjeras y, en el fondo, considera bueno para ellos que la alternativa percibida por todo el mundo sea que la elección se plantea entre ellos o el régimen sirio actual. Para los sirios, una tragedia. Para las potencias extranjeras, un dilema mortal.

Y aquí radica el tercer factor que ayuda objetivamente a Asad y garantiza la continuidad de su régimen. No es exclusivo de Siria: existe una percepción creciente de que la

nueva modalidad de conflicto más extendida en Oriente Medio es la «guerra sectaria» o «intercomunitaria» entre sunnites y chiitas y otras minorías musulmanas. Desde el 2001, la estrategia de Al Qaeda incluye no solo la invocación a la lucha contra judíos y cristianos, sino cada vez

más contra la totalidad de las comunidades no sunnites: chiitas, alauíes, kurdos. Así que ahora los cristianos (árabes por cierto) de todo Oriente Próximo nos dicen que se encuentran menos desprotegidos con Sadam Husein, y con Asad, y nos piden no hacerles parte de nuestras operaciones de *import-export* de democracia llaves en mano. Esta percepción tiene un impacto regional y mundial, y Asad se ha dado cuenta. Y por ello, en el último año y medio, las minorías no sunnites en Siria han ido volviendo al redil del paraguas de Asad. La única variable algo distinta es la de los kurdos sirios, que luchan ahora por controlar su franja de territorio a la vez contra las tropas del régimen y contra esas milicias jihadistas.

El cuarto factor que juega a favor del régimen nos lleva a la política internacional. La imprudencia de Obama de hacer varios meses al fijar la famosa «línea roja» de la intervención si se usaban armas químicas, se le ha vuelto claramente en contra, y le ha dejado expuesto ante la opinión pública norteamericana y mundial como un líder contradictorio y poco fiable. Le ha dado a la derecha estadounidense republicana -incansable en su guerra de posiciones contra el presidente- la munición que necesita. Pero la conjunción de una opinión pública norteamericana más aislacionista que nunca, después de 10 años de guerras fallidas (Irak y Afganistán), con las peculiaridades del sistema constitucional norteamericano, ha dejado a Obama con una única y estrecha puerta de

salida: el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Y ello comporta ponerse en manos de Rusia y China, que en materia de intervenciones “humanitarias” tienen su propio libreto, aunque con matices entre una y otra.

Aquí reside el quinto y último factor de la operación «salvemos a Asad»: se llama Putin y su política exterior. Tanto en el G-20 como en Naciones Unidas, respecto a Siria y a otros problemas contemporáneos, se ha escenificado que es Putin quien lleva la batuta de un concierto cuyos límites ha manejado con habilidad. Vuelta a la ortodoxia de la Carta de Naciones Unidas (con el aplauso discreto pero sostenido de China), vuelta al Consejo de Seguridad, no injerencia en los asuntos internos de los estados, ninguna acción de fuerza sin su autorización expresa (lo de Libia, no volverá a suceder en mucho tiempo). A cambio, Asad cede sus armas químicas a su ritmo, sin prisa, bajo supervisión internacional, siguiendo los «consejos» de Moscú y bajo su protección. A cambio, seguirá recibiendo mensualmente todo tipo de armas pesadas importadas legalmente desde Rusia para seguir con las masacres “convencionales”. Y a cambio, por cierto, Israel se queda discretamente más tranquilo, pues prefiere «malo conocido que bueno por conocer», ya que con Siria tiene una forma de entendimiento interfronterizo al menos desde octubre de 1973. De hecho, toda esta deriva publicitaria de ISIS, Al Nusra y otros, le conviene perfectamente al gobierno de Israel, pues se atrincheró frente a la amenaza del terrorismo jihadista a sus puertas, mientras que la inestabilidad regional le permite mantener todo su discurso de “no bajar la guardia” frente a Iran, Hezbollah, y lo que más convenga.

Merece una mención la cuestión de las armas químicas, porque en el mundo posbipolar este incidente marcará una época. Es bien sabido que el desvío de los focos de la atención mundial a los varios cientos de víctimas de armas químicas de hace unos meses, paradójicamente, ha jugado a favor el régimen de Bashar el Asad, puesto que todo el ballet diplomático se ha centrado desde entonces -bajo la batuta de la hábil diplomacia rusa- en este tema. No habrá intervención internacional, ni siquiera presiones adicionales sobre el régimen de Damasco. Y esos cientos de víctimas civiles, al final, han pesado mucho más que las demás 130.000 víctimas de esta terrible guerra civil. Ya se dijo en su día: si eres sirio, si has de morir en esta guerra y quieres ser noticia, más vale que te mate el gas sarín que una bomba de fragmentación o un barril cargado de dinamita, lanzado desde helicópteros sobre barrios enteros llenos de civiles. Cruel ironía y gran lección de *realpolitik*.

Además, esta tragedia siria ha vuelto a poner sobre la mesa el debate sobre la necesidad pero también los dilemas y límites de la acción humanitaria. En todas las guerras planea sobre el conflicto el problema humanitario, esto es, qué hacer (y cómo hacerlo) para aliviar la suerte de las víctimas desde una perspectiva estrictamente humanitaria. Ello plantea diversos problemas, además de suscitar agrios debates, dentro de las organizaciones humanitarias, entre éstas y los Gobiernos y organismos internacionales, y en el seno de la opinión pública. El problema es dramático y debe ser tratado con todo ri-

gor. Por ejemplo, el Gobierno español envió tropas a Irak con supuestos fines humanitarios en 2003, y ello tuvo muchas consecuencias –todas negativas– para todo el mundo. Para el propio Gobierno Aznar, para las organizaciones humanitarias, pero más todavía para a las víctimas de los ataques de aquella coalición militar manipulada por la Administración Bush, que hizo de la mentira el timón de su política exterior. Estados Unidos había anunciado claramente que la asistencia a los civiles durante e inmediatamente después de la guerra era una componente esencial de su estrategia política y militar en Irak: exportar democracia, se dijo.

Más tarde, si bien con el importante matiz de que esta vez sí se contaba con el aval preciso y explícito del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, una parecida estrategia de amalgama militar-humanitaria fue diseñada para Afganistán con el objetivo de “ganarse los corazones y las mentes” de la opinión pública. El resultado, más de diez años después, a la vista está. Y ello plantea a las organizaciones humanitarias muchos problemas y dilemas. Por un lado, en Siria, hoy, estamos claramente ante un caso de asistencia humanitaria en una situación de emergencia extrema. Por otro lado, disponemos de muchas experiencias previas en situaciones de este tipo. No es el “día uno” de la historia de la acción humanitaria, pero parece que no hemos aprendido gran cosa del pasado, incluso el más cercano.

Si eres sirio, si has de morir en esta guerra y quieres ser noticia, más vale que te mate el gas sarín que una bomba de fragmentación o un barril cargado de dinamita

Las organizaciones humanitarias independientes no pueden aceptar esta peligrosa confusión, esta manipulación que consiste en llamar “humanitaria” a cualquier guerra que por definición tiene, para las partes en conflicto, una agenda llena de intereses pero ninguno de ellos es proteger a la población no combatiente. Es necesario diferenciar con claridad entre acción militar de las partes en combate y acción humanitaria, la cual debe correr a cargo de las agencias y organizaciones especializadas, sin que por ello los combatientes –regulares o no– dejen de tener la obligación de ceñirse estrictamente a las reglas del DIH (Derecho Internacional Humanitario). El humanitarismo civil tiene como único objetivo responder a las necesidades de la población sin discriminación alguna y tiene que ser independiente de consideraciones políticas de oportunidad. Por tanto jamás podrá plantearse como una dimensión más de una operación político-militar. En efecto, la acción militar responde a una lógica; la acción humanitaria, a otra. El principio innegociable es el siguiente: las organizaciones humanitarias han de poder acceder a las víctimas y asistirles según sus propios criterios, sin otra limitación que la propia seguridad de unos y otros. Y los contendientes tienen la obligación de facilitar esta actuación sin pretender manipularla o desviarla.

Y no es la primera vez, lecciones aprendidas las hay y muchas. En los últimos años, a través de la experiencia adquirida en contextos como la ex Yugoslavia, Somalia, Afganistán o Irak, hemos podido observar el proceso de progresiva apropiación

y manipulación de la acción humanitaria por parte de determinados gobiernos y grupos diversos, porque a menudo la acción humanitaria se presenta como la coartada moral. Ya sea de la inacción, como en la ex Yugoslavia entre 1991 y 1995, ya sea de la acción militar al servicio de objetivos políticos, como en Irak o Afganistán. Estas manipulaciones políticas son empleadas en apoyo de ambiciones políticas y militares, y de criterios de oportunidad. Y ello debe ser denunciado porque al final, los humanitarios y los periodistas, o bien se quedan en la frontera, o bien no aceptan la manipulación; evalúan la situación y actúan por su cuenta con un elevado riesgo y pagando un alto precio. Por ello, hoy en Siria los humanitarios, como los periodistas internacionales, tienen sus muertos y sus secuestrados. Ni el CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja-Media Luna Roja) ni MSF (Médicos sin Fronteras) son ya respetados. La guerra en Siria está produciendo numerosas víctimas civiles como consecuencia directa o indirecta de los bombardeos y los combates. Es fundamental que se permita el acceso libre e independiente de las organizaciones humanitarias a todas partes. Para poder evaluar las necesidades y asegurar que la ayuda se presta en función de las necesidades reales, al margen de objetivos políticos y militares. Y esta reivindicación es firme. Que la opinión pública no se equivoque: más que nunca, los humanitarios y los periodistas han de poder ocuparse de las víctimas según sus necesidades y sin discriminaciones de ningún tipo. Pues bien, apliquemos esta reflexión a la situación actual de Siria y veremos la dimensión de la fractura moral en la que la comunidad internacional está inmersa.

La tragedia siria ha vuelto a poner sobre la mesa el debate sobre la necesidad pero también los dilemas y límites de la acción humanitaria

La conclusión la pone el ministro sirio de Información en Ginebra², el Sr. Zoabi: no se va a negociar nada que tenga que ver con un supuesto nuevo Gobierno de transición, no habrá transferencia de poder, el presidente Asad permanece en su puesto. Y punto final.